

Noviembre 9

“Y sabrán que yo Jehová su Dios estoy con ellos, y ellos son mi pueblo, la casa de Israel, dice Jehová el Señor.”

Ez. 34:30.

Ser el propio pueblo del Señor es una bendición especial, pero saber que lo somos es una bendición consoladora. Una cosa es *esperar* que Dios esté con nosotros, y otra cosa es *saber* que en efecto está con nosotros. La fe nos salva, pero la seguridad nos sacia.

Tomamos a Dios para que sea nuestro Dios cuando creemos en Él; pero alcanzamos el gozo de Él cuando sabemos que es nuestro y que somos Suyos. Ningún creyente debería contentarse con esperar y confiar, sino que debería pedirle al Señor que lo conduzca a la plena certidumbre, de tal forma que los asuntos de fe puedan convertirse en asuntos de certidumbre.

Llegamos a un claro conocimiento del favor de Dios hacia nosotros cuando gozamos de las bendiciones del pacto y vemos al Señor levantado para nosotros como una planta de renombre. Aprendemos que somos el pueblo del Señor por la gracia, no por la ley.

Volvamos siempre nuestra mirada en la dirección de la gracia inmerecida. La seguridad de la fe nunca puede venir por las obras de la ley. Es una virtud evangélica, y sólo puede llegarnos de una manera evangélica. No miremos hacia dentro. Miremos únicamente al Señor. Conforme veamos a Jesús veremos nuestra salvación.

Señor, envíanos tal marea de tu amor que seamos arrastrados más allá del cieno de la duda y del miedo.

Noviembre 10

“No dará tu pie al resbaladero.”

Sal. 121: 3.

Si el Señor no va a permitirlo, ni los hombres ni los demonios podrían hacerlo. ¡Cuán grandemente se regocijarían si pudieran provocarnos una ignominiosa caída, echarnos de nuestra posición y desterrarnos de la memoria! Harían esto para el disfrute de sus corazones si no fuera por un obstáculo, y solamente un obstáculo: el Señor no lo permitirá; y si *Él* no lo tolerará, *nosotros* no lo sufriremos.

El camino de la vida es como un viaje por entre los Alpes. A lo largo de los senderos de las montañas uno está constantemente expuesto a que sus pies resbalen. Allí donde el camino es elevado la mente está inclinada a padecer vahídos, y entonces el pie pronto resbala: hay partes que son lisas como el cristal, y otras que son escarpadas con piedras sueltas, y en cualquiera de ellas una caída es difícil de evitar. Aquel que a lo largo de su vida recibe la capacidad para mantenerse íntegro y para caminar sin tropezar tiene el mejor de los motivos para estar agradecido. Con escollos y trampas, rodillas débiles, pies cansados y enemigos sutiles, ningún hijo de Dios podría mantenerse firme durante una hora si no fuera por el amor fiel que no dará su pie al resbaladero.

“En medio de mil trampas estoy
Sostenido y protegido por Tu mano;
Esa mano invisible todavía me sostendrá,
Y me conducirá a Tu santo monte.”

Noviembre 11

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.”

Ro. 6: 14.

El pecado reinaría si pudiera, pues no puede aceptar ningún lugar que esté por debajo del trono del corazón. Algunas veces tenemos miedo que nos conquiste, y entonces clamamos al Señor: “Ninguna iniquidad se enseñoree de mí.” Esta es Su respuesta consoladora: “el pecado no se enseñoreará de vosotros.” Podría asediarlos, e incluso herirlos; pero no establecerá nunca una soberanía sobre ustedes.

Si estuviésemos bajo la ley, nuestro pecado cobraría fuerzas y nos mantendría bajo su poder; pues el castigo del pecado es que un hombre quede bajo el poder del pecado. Pero como nosotros estamos bajo el pacto de gracia, estamos protegidos de apartarnos del Dios vivo por la cierta declaración del pacto. Gracia nos es prometida, por la cual somos recuperados de nuestros extravíos, limpiados de nuestras impurezas, y liberados de las cadenas del hábito. Podríamos quedar sumidos en la desesperación y estar “contentos de servir a los egipcios” si fuéramos todavía como esclavos trabajando para ganar la vida eterna; pero como somos los hombres libres del Señor, cobramos ánimo para luchar contra nuestras corrupciones y tentaciones, estando seguros que el pecado no nos someterá bajo su influjo de nuevo. Dios mismo nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo, a Quien sea la gloria por siempre y para siempre. Amén.

Noviembre 12

**“Y mi pueblo será saciado de mi bien, dice Jehová.”
Jer. 31: 14.**

Noten la palabra “mi” que aparece dos veces: “*Mi* pueblo será saciado de *mi* bien.” Las personas que son saciadas por Dios están marcadas como pertenecientes a Dios. Dios se agrada con ellas, pues ellas se agradan con Él. Ellas le llaman su Dios, y Él las llama Su pueblo; Él se agrada de tomarlas como una porción, y ellas se sacian con Él como su porción. Hay una comunión mutua de deleite entre el Israel de Dios y el Dios de Israel.

Estas personas están saciadas. Eso es algo grandioso. Muy pocos de los hijos de los hombres son saciados alguna vez, sin importar cuál sea su porción; se han tragado la sanguijuela borriquera que continuamente clama: “¡dame! ¡Dame!” Únicamente las almas santificadas son almas saciadas. El propio Dios es quien ha de convertirnos y contentarnos.

No es sorprendente que el pueblo del Señor sea saciado con el bien de su Señor. Pues allí hay bien sin mezcla, liberalidad sin restricción, misericordia sin reprensión, amor sin cambio, favor sin reserva. Si el bien de Dios no nos sacia, ¿qué podría saciarnos? ¡Cómo!, ¿todavía estamos gimiendo? Con certeza hay un deseo maligno internamente si es un deseo que el bien de Dios no sacia.

Señor, yo estoy saciado. Bendito sea Tu nombre.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Noviembre 13

“He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel.”

Sal. 121: 4.

Jehová es “el Guarda de Israel”. Ninguna forma de descuido se introduce clandestinamente en Él, ni el más profundo sueño ni el más ligero reposo. Nunca deja de vigilar la casa y el corazón de Su pueblo. Esta es razón suficiente para que descansemos en perfecta paz. Alejandro decía que él dormía porque su amigo Parmenio velaba; con mayor razón deberíamos dormir porque nuestro Dios es nuestro guarda.

“He aquí” es introducido aquí para llamar nuestra atención a esta verdad alentadora. Israel, cuando tenía una piedra por almohada, se durmió; pero su Dios estaba despierto y vino en visión a Su siervo. Cuando estemos indefensos, el propio Jehová cubrirá nuestras cabezas. El Señor guarda a Su pueblo como un hombre rico guarda su tesoro, como un capitán guarda una ciudad con una guarnición, como un centinela mantiene la custodia de su soberano. Nadie podría dañar a aquellos que están bajo esa custodia. Quiero poner mi alma en Sus amadas manos. Él no nos olvida nunca, no cesa nunca de cuidarnos diligentemente, y nunca se considera incapaz de preservarnos.

Oh mi Señor, guárdame, para que no me descarríe y caiga y perezca. Guárdame, para que pueda guardar Tus mandamientos. Por Tu cuidado vigilante impide que duerma como el haragán, y que perezca como aquellos que sueñan el sueño de la muerte.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Noviembre 14

“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.”

Jn. 14: 14.

¡Qué promesa tan amplia! ¡Algo! Ya sean grandes o pequeñas, todas mis necesidades están cubiertas por esa palabra “algo”. Ven, alma mía, con libertad delante del propiciatorio, y oye a tu Señor cuando te dice: “Abre tu boca, y yo la llenaré”.

¡Qué promesa tan sabia! Siempre hemos de pedir en el nombre de Jesús. A la vez que esto *nos* alienta, también lo honra *a Él*. Este es un argumento constante. Ocasionalmente cualquier otro argumento es oscurecido, especialmente aquellos que podríamos sacar de nuestra propia relación con Dios, o nuestra experiencia de Su gracia; pero en momentos así, el nombre de Jesús es tan poderoso en el trono como siempre, y podemos argumentarlo con plena seguridad.

¡Qué oración tan instructiva! No podría pedir nada a lo que Cristo no pudiera poner Su mano y Su sello. No me atrevería a usar el nombre de mi Señor para una petición egoísta o caprichosa. Sólo puedo usar el nombre de mi Señor para oraciones que Él mismo diría si estuviese en mi caso. Es un gran privilegio que seamos autorizados a pedir en el nombre de Jesús como si el propio Jesús lo pidiera; pero nuestro amor a Él no nos permitiría nunca interponer ese nombre donde Él no lo pondría.

¿Estoy pidiendo lo que Jesús aprueba? ¿Me atrevería a poner Su sello a mi oración? Entonces ya tengo lo que busco del Padre.

Noviembre 15

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.”

Fil. 4: 19.

El Dios de Pablo es nuestro Dios, y suplirá toda nuestra necesidad. Pablo estaba seguro de esto en relación a los filipenses, y nosotros estamos seguros de esto en cuanto a nosotros mismos. Dios lo hará, pues así es Él: Él nos ama, se deleita en bendecirnos, y, haciéndolo, recibirá la gloria. Su misericordia, Su poder, Su amor, Su fidelidad, todo se conjuga para que no suframos carestía.

Qué gran medida es la que usa el Señor: “Conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.” Las riquezas de Su gracia son grandes, pero, ¿qué diremos de las riquezas de Su gloria? ¿Quién podría estimar Sus “riquezas en gloria en Cristo Jesús”? De acuerdo a esta medida inmensurable Dios llenará el inmenso abismo de nuestras necesidades. Él convierte al Señor Jesús en el receptáculo y en el canal de Su plenitud, y luego nos imparte Su riqueza de amor en su forma más elevada. ¡Aleluya!

Este escritor sabe en qué consiste ser probado en la obra del Señor. La fidelidad ha sido recompensada con enojo, y donadores liberales han puesto un fin a sus contribuciones; pero este escritor al que han procurado oprimir no ha quedado un centavo más pobre, no, sino que más bien ha prosperado; pues esta promesa ha demostrado ser verdadera, “Mi Dios, pues, suplirá lo que os falta”. Las provisiones de Dios son más seguras que el Banco de Inglaterra.